

II. NOTAS

APROXIMACIONES A LA CARTA DE PERO VAZ DE CAMINHA¹ AL REY D. MANUEL SOBRE EL DESCUBRIMIENTO² DE BRASIL

Sarissa Carneiro
Universidad de Chile

La carta de Caminha ha sido definida como acta o certificado de nacimiento de Brasil³. Escrita en mayo de 1500, no fue publicada sino hasta 1817, en *Corografía brasílica*, de Aires de Casal. Hasta esa fecha, y en concordancia con la praxis portuguesa del

¹ Una versión abreviada de la carta, traducida al castellano, se puede encontrar en *Antología general de la literatura brasileña*. Compilación y traducción de Bella Jozef. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. Para su lectura en el original, recomendamos las ediciones de Castro, Silvio, *A carta de Pero Vaz de Caminha*. Porto Alegre: L&PM, 2000; y la ya clásica de Cortesão, Jaime, *Carta de Pero Vaz de Caminha*. São Paulo: Martín Claret, 2002.

² El empleo de este término podría resultar conflictivo por varios motivos, pero dos resultan fundamentales: en primer lugar, en portugués, Caminha se refiere a “achamento” y no a “descubrimiento”. La diferencia moderna entre los dos verbos (se descubre aquello que era desconocido mientras que se halla lo que se busca) dio lugar a una extensa discusión acerca de la *intencionalidad* del descubrimiento de Brasil. Esta hipótesis se oponía al carácter casual del descubrimiento nunca antes cuestionado en más de trescientos años de historia. Cortesão dispuso toda duda con sus investigaciones filológicas que demuestran el carácter sinónimo de ambos términos en el siglo XVI. Así, Caminha anuncia a D. Manuel el descubrimiento de una tierra nueva, de la cual no tenían noticia y que correspondía al reino portugués. En segundo lugar, sabemos que los portugueses no son los primeros europeos en pisar suelo brasileño... entre los precursores de ese “descubrimiento” están personajes como Vicente Yáñez Pinzón (c. 1461-1514), navegante y descubridor español, que estuvo en tierra brasileña en enero de 1500, tres meses antes que la flota de Cabral.

³ Esta “feliz expresión de Capistrano de Abreu”, en palabras de H. B. Johnson, es ocupada por otros autores contemporáneos, como Darcy Ribeiro, Bella Jozef, Luciana Stegagno Picchio y Alfredo Bosi.

sigilo, había permanecido encerrada en los archivos de la *Torre do Tombo*, donde se encuentra hasta el día de hoy el original enviado al rey. Sale a la luz, pues, gracias a una copia traída a Río de Janeiro en 1808, fecha en que la corte portuguesa se traslada a Brasil.

Su importancia para las letras brasileñas y para la cultura en general ha sido subrayada por diversos autores. Así, para Sergio Buarque de Holanda, la carta de Caminha es “incomparablemente, el más valioso de los testimonios que nos quedaron de testigos directos del descubrimiento”⁴. Su valor radica no solo en su carácter testimonial (y en la importancia histórica de éste) sino también en su aspecto fundacional, en cuanto captación de una visión inaugural de la realidad del Brasil. En relación con la génesis de una idea de Brasil, autores como Silvio Castro⁵ han visto en Caminha a un precursor de la mitología cultural relacionada con lo brasileño; para el autor, ya se encuentran, en la carta de Caminha, “casi todos los temas de la mitología cultural de una Europa que apenas había salido de los contrastes de la Edad Media”.

Wilson Martins señala, por su parte, que la carta de Pero Vaz de Caminha “inicia entre nosotros la literatura del conocimiento de la tierra” y es, por lo mismo, el “primer y eminente documento de una inagotable ‘brasileña’ y parece haber sido el preludio común a toda ‘cosa escrita’ brasileña”⁶. En términos similares, Luciana Stegagno-Picchio sostiene que la literatura del descubrimiento, de la cual la carta de Caminha es “uno de los documentos más fascinantes”, será “el paradigma constante de toda futura acción literaria brasileña”⁷. A lo largo de la historia literaria de Brasil, distintos escritores –y en especial los contemporáneos, modernistas⁸– han vuelto a la carta de Caminha en busca de material poético para sus obras. En ese sentido, autores como Alfredo Bosi han visto en esa relectura y hasta glosa, el “interés oblicuamente estético” de textos como éste.

⁴ En Ab’ Saber, Aziz N. et al., *A época colonial*. Vol. I, Do descobrimento à expansão territorial. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 1997. Aquí, como en todas las demás citas, la traducción es mía.

⁵ Castro, Silvio, “Gênese da idéia de Brasil”, en Coutinho, Afranio. *A literatura no Brasil*. Vol. I, São Paulo: Global, 1997.

⁶ Martins, Wilson, “Formação e desenvolvimento da língua nacional”, en Coutinho, Afranio. *op. cit.*, p. 233

⁷ Stegagno-Picchio, Luciana, *História da literatura do Brasil*. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 1997, pp. 73-86.

⁸ Como señala Aderaldo Castello en su *A literatura brasileira*, “la carta de Caminha, desde que fue descubierta por los modernistas, dejó de ser sólo un documento histórico” (p. 55).

ALGUNOS ASPECTOS HISTÓRICOS QUE DEBEN CONSIDERARSE

Al terminar su carta, Caminha la firma “hoy, primero de mayo de 1500”. La carta llegaría no mucho tiempo después a las manos del rey, con la nave de bastimentos enviada a Portugal para dar la noticia del descubrimiento reciente. El autor, en cambio, no volverá jamás a la Península. Tras el breve paso por Brasil, debe cumplir su misión original: ser el escribano de la factoría que construirá posteriormente Pedro Álvares Cabral en Calicut (actual Kozhikode). Poco tiempo después de su llegada a la India, Caminha muere en un enfrentamiento con comerciantes moros, el 16 de diciembre de 1500. Pasa a la historia, pues, el escribano, no por actos heroicos, o como ciudadano notable de O Porto y caballero de Alfonso V, Juan II y Manuel I –como sostiene José Honorio Rodríguez⁹ acerca de su biografía– sino por su escritura, por esa mirada inaugural registrada con sensibilidad y gracia. Su participación en el descubrimiento de Brasil es sobre todo ésa, escribirlo.

Antes de entrar a la consideración de ciertos aspectos del texto mismo, conviene recordar algunas circunstancias históricas que rodean el descubrimiento de Brasil como situación de producción de este discurso.

Caminha escribe su carta como escribano de la flota de Pedro Álvares Cabral. Dicha flota partía con destino a Calicut con el objetivo de establecer de modo definitivo el comercio con Oriente. Como señala Buarque de Holanda¹⁰, la flota de Cabral, con trece velas, aproximadamente 1500 soldados y marineros ilustres como Bartolomeu Dias y Nicolau Coelho, era “la más aparatosa entre todas las que habían dejado el reino hasta entonces en la demanda de parajes tan lejanos”.

En esta expedición, Cabral comanda una empresa que tendrá dos logros fundamentales: por un lado, con la instalación del puerto comercial en Calicut, se alcanza finalmente el objetivo último de las búsquedas ultramarinas iniciadas muchísimo antes: el dominio comercial de las riquezas de Oriente; por otro, con el descubrimiento de Brasil, toma posesión de un mundo nuevo para los portugueses.

La política de expansión ultramarina se inaugura, en Portugal, con D. João I, con la expedición a Ceuta en 1415. Para H. B. Johnson, la conquista portuguesa de Ceuta puede interpretarse como el resultado de una búsqueda de botines y de nuevas fuentes de renta a la cual se lanzó la nobleza de ese momento¹¹.

⁹ Para la biografía de Pero Vaz de Caminha véase *DICIONÁRIO DO BRASIL COLONIAL*, Ronaldo Vainfas (dir). Rio de Janeiro: Objetiva, 2000.

¹⁰ Buarque de Holanda, Sérgio, “O descobrimento do Brasil”, en Ab’ Saber, Aziz N. *et al.* *A época colonial*. Vol. I. Do descobrimento à expansão territorial. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 1997.

¹¹ Johnson, H. B., “A colonização portuguesa do Brasil, 1500-1580”, en Bethell, Leslie (org.), *América Latina Colonial*. Tomo I, São Paulo: Edusp, 1999.

Tres años después de la conquista de Ceuta, Portugal inicia la ocupación del archipiélago de Madeira. Poco después intentará dominar Canarias, sin mucho éxito, pues el dominio de éstas pasó gradualmente a los castellanos. A partir de 1439, los lusitanos colonizarán Azores e iniciarán en 1456 la explotación de Cabo Verde.

Cuando en 1434, Gil Eanes pasa el cabo de Bojador, marca “una nueva etapa en el reconocimiento de la costa de África”¹². En 1441, los portugueses llegan al cabo Blanco y los grandes cambios verificados en el arte náutico durante la segunda mitad del siglo XV llevan a pensar en la posibilidad de llegar a tierras de Oriente costeano el continente africano. A partir de 1482, los descubrimientos siguen ahora en ritmo acelerado. Diogo Cam, que parte de Portugal en 1482, llega al Cabo del Lobo (Cabo de Santa María). Continuando los esfuerzos de Diogo Cam, Bartolomeu Dias llega hasta el Cabo de Buena Esperanza (bautizado originalmente como Cabo de las Tormentas) y penetra en el Océano Índico. En 1497, sale la expedición de Vasco da Gama que, al final del mismo año, cruza el cabo de Buena Esperanza y en mayo llega a Calicut. Se alcanzaba finalmente la gran meta de la expansión marítima lusitana. Portugal entra en contacto directo con la región de las especiarías, del oro y las piedras preciosas. Y esa es la conquista cantada por Camões en su *Os Lusíadas* en 1572, cuando ya gran parte de gloria lusitana entraba en decadencia.

El segundo viaje a la India estará comandado por Álvares Cabral, quien sigue la ruta de Vasco da Gama, por Canarias hasta Cabo Verde, pero es desviado hacia el oeste por vientos del Atlántico, y llega a tierras desconocidas el 22 de abril de 1500. Esa tierra correspondía, según lo acordado por D. João II y los Reyes Católicos en el Tratado de Tordesillas (1494), al reino portugués.

En ese contexto, en pleno desarrollo del tráfico marítimo con Oriente, el descubrimiento de Brasil o su posesión oficial fue, en palabras de Werneck Sodré¹³, “apenas un accidente”. En ese sentido, el abandono inicial en que estuvo la tierra de Santa Cruz se debe a que “Oriente, gracias a su desarrollo tenía productos para ofrecer al tráfico, mientras que América no los tenía o los que tenía no eran conocidos y procurados, o carecían de valor”. Como señalan S. Schwartz y J. Lockhart, la principal diferencia de la colonización brasileña, en relación con el resto de América Latina, tiene que ver con el esfuerzo continuo y simultáneo de los portugueses en Asia: “para España, América era el principal blanco de expansión colonial; para Portugal, no”¹⁴.

Así, tras un período de descubrimiento y reconocimiento (1500-1502), Brasil pasa por un período de factorías (hasta 1534). Los tres primeros años, la corona arrienda la tierra a un grupo de comerciantes y recupera en 1506 el control directo instalando factorías reales.

¹² Buarque de Holanda, Sergio, *op. cit.*, p. 28.

¹³ Werneck Sodré, Nelson, *História da Literatura Brasileira (seus fundamentos econômicos)*. Rio de Janeiro: José Olímpio, 1960.

¹⁴ Schwartz, S. y Lockhart, J., *A América Latina na época colonial*. Rio de Janeiro: Civilização brasileira, 2002.

Cuando Caminha escribe su carta tiene como presupuesto toda esta situación. En apariencia, esta tierra no tiene riquezas inmediatas como Oriente, de modo que el valor práctico que puede tener es el “ser posada para esta navegación de Calicut”. Esto dice el Caminha práctico. El Caminha humanista y cristiano añadirá que “el mejor fruto que en ella puede darse es salvar a esta gente”. Lo primero es casi profético, “hasta que las riquezas reales o imaginarias de Oriente dejen de entretener todas las imaginaciones, la tierra de Vera Cruz sería poco más que una posada en el camino de la India”, señala Buarque de Holanda. En cuanto a la actividad evangelizadora (justificación ideológica de la conquista), no se iniciará sino hasta 1549, fecha en que llegaran los primeros jesuitas a Brasil, como parte de un plan colonizador. La conversión pacífica, rápida y sencilla que pronosticaba Caminha en su carta, nunca se dio, por cierto.

UNA CARTA AL REY

Caminha escribe para informar al rey. Y lo hace no solo como escribano de la armada de Cabral sino también como testigo de una realidad nueva y sorprendente que quiere retratar. De ese modo, aunque en las últimas líneas parece definir su carta como parte de “este cargo que llevo”, otras expresiones hacen dudar del carácter obligatorio de su escritura: así, por ejemplo, empieza su carta diciendo que, ya que el capitán mayor y los demás capitanes han escrito al rey sobre el descubrimiento de esta “nueva tierra”, “tampoco yo dejaré de dar cuenta de eso a Vuestro Alteza”.

Así, la carta “da cuenta”, informa, por el “deseo de deciros todo”, aunque también como cumplimiento de un cargo, como “servicio”. De hecho, a modo de reconocimiento de dicho servicio, Caminha pide al rey la “singular merced” de que perdone a su yerno, Jorge Osorio –quien se encuentra desterrado por orden del rey en la isla de São Tomé.

En el gesto de “dar cuenta”, Caminha muestra varias preocupaciones que tienen relación con el acto de la escritura. Al principio de la carta, Caminha se disculpa por su ignorancia y se dice el menos indicado para escribir la noticia del descubrimiento. Luego advierte, sin embargo, que esa “ignorancia” no le impedirá que narre sino solo “lo que vi y me pareció”. El escribano promete, así, veracidad y exactitud; y la contigüidad semántica de estos términos “ver” y “parecer” será problematizada en múltiples ocasiones en que lo que se dice se relativiza por ser una interpretación de la realidad y no un mero registro de ella. Así, los gestos de los indígenas son explicados con el “me pareció” o “nos pareció”, ante lo cual se advierte que “eso lo entendíamos así porque lo deseábamos”.

También la extensión es motivo de preocupación para Caminha. El escribano se disculpa por haber escrito una carta tan larga, y explica que el “deseo de decirlo todo, me hizo ponerlo así, en detalle”. En otras ocasiones hará comentarios, o introductorios como “creo, Señor, que no he dado cuenta todavía de...” o conclusivos como “y así, este día no hubo más cosas para escribir”. En síntesis, el dar información, el dar cuenta, acá va unido a una reflexión sobre la escritura misma. Cabe recordar, en ese sentido, que el estudio paleográfico que hace Jaime Cortesão de la carta de Caminha permite definir

a Pero Vaz como escribano profesional, “lo que equivale, hasta cierto punto a decir escritor; no se trata, pues –lo que tiene relevancia– de un escribano de factoría o de un cronista histórico improvisado”¹⁵.

Por otra parte, la relación establecida entre el enunciante y el destinatario es, sin duda, una relación jerárquica. Caminha se dirige a la máxima autoridad, al rey. Resulta interesante recordar que D. Manuel I (destinatario de la carta de Caminha) también llamado Manuel I el Afortunado o el Grande (1469-1521), protagoniza lo que se ha llamado la época dorada de la historia portuguesa. Durante su reinado, se llegó finalmente a la India y se establecieron además, relaciones comerciales con Persia y China. Manuel I tenía, además, un gran celo religioso lo que lo llevó, entre otras cosas, a expulsar a los judíos de Portugal entre 1497 y 1498.

Abundan, pues, en la carta, expresiones de máxima admiración y respeto: el que inicia con “Señor” termina con “Beso las manos de Vuestra Alteza”, y a lo largo del texto se repiten expresiones como “Vuestra Majestad”, “Vuestra Alteza”, “Señor”, y a veces se emplea el pronombre en tercera persona (Ella) como signo de distancia y subordinación. Sin embargo, este máximo respeto, esta sumisión total, ocultan a un yo que, hacia el final de la carta, se eleva –gracias al poder que le confiere el conocimiento, la información y la experiencia que tiene ahora de este mundo (y que el monarca no tiene)– y que asciende desde la categoría de mero informante a la de consejero. Y eso se hace evidente en el uso del verbo “deber”: el autor, en más de una ocasión dice qué *debe* hacer el rey y cómo. Esto se da fundamentalmente en relación con el tema de la necesidad de evangelizar a los indígenas de esta tierra recién descubierta. Frases como éstas son significativas: “Vuestra Alteza, que tanto desea aumentar nuestra santa fe católica, *debe* preocuparse de su salvación y apreciará que con poco trabajo sea así”; “el mejor fruto que en ella (esta tierra) puede darse me parece que será salvar a esta gente, y esta *debe* ser la principal semilla que Vuestra Alteza en ella *debe* lanzar”.

Se podría decir que el “consejero” eleva su voz apoyándose no solo en el conocimiento y la experiencia adquirida sino también en la realidad trascendente que ésta invoca. El tema de la evangelización, como tema de fe, invoca un solo ser superior a todos los mortales: Dios.

EN LA TIERRA DE VERA CRUZ...

En la carta de Caminha se relata, con bastante detalle, la estancia de los portugueses en esa tierra “que en esta navegación se encontró”. El relato se ordena de tal manera que la carta adquiere rasgos de diario: se cuenta lo que pasó en cada día, desde el 21 de abril, día en que vieron la tierra, hasta el primero de mayo de 1500, último día de su estancia en Vera Cruz, ya que al día siguiente retoman el viaje original hacia la India.

¹⁵ Cortesão, Jaime, “Estudo paleográfico e transcrição da carta”, en Caminha, Pero Vaz. *Carta de Pero Vaz de Caminha*. São Paulo: Martín Claret, 2002, p. 17.

Se percibe una escritura no continua, sino trazada en días consecutivos (no hay un solo “ayer” en el texto y algunas ideas como por ejemplo “me hace presumir que no tienen casas”, más adelante se corrigen a la luz de nuevas experiencias). De ese modo, Caminha instala su carta en la tradición de los relatos de viaje, género que en Portugal adquirió la forma de memorial y de diario a mediados del siglo XV. Textos importantes en ese sentido son el de Zurara y el de Alvise da Ca’ da Mosto¹⁶.

Los hechos narrados en la carta son, en síntesis, los siguientes: el 21 de abril ven señales de tierra y echan anclas. Al día siguiente (22 de abril) a la diez de la mañana, enfrente a la boca de un río, se da el primer encuentro con los habitantes de esta tierra: siete u ocho hombres. En ese primer encuentro, “no hubo habla” por el ruido del mar, pero tiene lugar el primer intercambio de objetos entre europeos e indígenas. El viernes 24 se van en dirección al norte en busca de un lugar más seguro. Diez leguas más al norte encuentran un arrecife con un puerto adentro. Afonso Lopes entra al puerto con una canoa y trae a la nave a dos hombres de la tierra. Los dos indígenas son recibidos esa noche con “mucho placer y fiesta” en la nave del capitán. El sábado 25, Nicolau Coelho y Bartolomeu Dias van a la tierra y llevan a los dos hombres. Ese mismo sábado se hace el primer intento de dejar a un exiliado portugués entre los indígenas para obtener información. El desterrado va, pero luego vuelve a pedido de los mismo indígenas. Los portugueses hacen un breve paseo a una isla, allá descansan un poco y luego vuelven a sus naves. El domingo de Pascueta (26 de abril) celebran misa en la isla del día anterior, se encuentran por cuarta vez con los indígenas, vuelven a sus naves y comen. El mismo domingo hay una reunión entre capitanes (a la cual es llamado Pero Vaz) para discutir cómo se mandaría la noticia del descubrimiento a Portugal. Entonces deciden dejar a los exiliados en esta tierra y enviar la noticia en la nave de bastimentos. En un quinto encuentro con los indígenas, hay un nuevo intento de envío del desterrado también frustrado porque vuelve. El lunes 27, después de comer, salen a la tierra a tomar agua y allí ven a muchos indígenas. Un tercer intento con los desterrados, que ahora van dos, acompañados además de Afonso Ribero y Diogo Dias. La embajada es frustrada, todos vuelven a la nave. El martes 28 van a la tierra a hacer la guardia de la leña y a lavar ropa. En un sexto encuentro con los indígenas, hacen la cruz que se dejará en la tierra el viernes antes de partir. Un cuarto envío del exiliado es nuevamente frustrado. Regresan todos a las naves con la leña que cargan, no sin la ayuda de los indígenas. El miércoles 29, descargan el navío de bastimentos; Sancho de Tovar va a la playa y trae a dos hombres principales (indígenas) a la nave. El jueves van a la tierra a buscar más agua y más leña. A la playa llegan hasta 400 indígenas. Los portugueses besan la cruz que habían hecho e invitan a los indígenas a que los imiten. Traen a cinco de ellos a las naves. El viernes primero de

¹⁶ Silvio Castro y Luciana Stegagno-Picchio señalan algunas características (además de la forma de diario) propias de ese género presentes en la carta de Caminha; para Castro, ellas son: atención por los detalles, valoración de la realidad y lo objetivo, sinceridad y simplicidad del proceso narrativo, inteligente apertura para el mundo, equilibrio de los conceptos críticos, capacidad constante para maravillarse.

mayo hacen el lugar para colocar la cruz, la traen en una especie de procesión; se encuentran con los indígenas –octavo encuentro– quienes ayudan a cargar la cruz. Arman un altar delante de ésta y el Padre Enrique celebra misa. Acabada la misa se van a las naves y el capitán trae a la nave a dos indígenas de los que habían estado en misa. Caminha firma su carta el viernes; al día siguiente partirían.

De los hechos narrados se desprende que la toma de posesión oficial de la tierra era una meta secundaria para la armada de Cabral. Al contrario de Colón, quien toma posesión de todas las islas que encuentra a nombre de “sus altezas con pregón y bandera real extendida” –acto que se legitima al no ser contradicho– y que incluso deja hecha una fortaleza en la Villa de Navidad, Álvares Cabral se contenta con cuatro gestos fundamentales de *apropiación*: el bautismo del territorio, la celebración de las dos misas, la colocación de la cruz y el abandono de los desterrados en la tierra para que obtengan información sobre el lugar. Los demás actos de la armada son exploratorios. Al llegar a la tierra descubierta, interesa sobre todo averiguar qué riquezas tiene: ése es el sentido del interrogatorio al que son sometidos los dos “huéspedes” en la nave del capitán. Los primeros acercamientos a la tierra, protagonizados por Nicolau Coelho, Afonso Lopes, Bartolomeu Dias y el propio Caminha, son lentos y prudentes, tienen como objetivo “sondear” el lugar encontrado, obedecen a los planes estratégicos y diplomáticos de la armada. El capitán no saldrá de su nave hasta el sábado y no pisará la tierra hasta el domingo. Ese mismo día, en reunión con los demás capitanes (nótese el carácter colectivo de la empresa, a diferencia de lo protagonizado por Colón), se deciden todos los pasos que van a dar hasta su partida hacia la India: enviar la noticia con la nave de bastimentos y dejar a los dos desterrados en la tierra en vez de secuestrar a algún indígena.

Los hechos narrados por Caminha carecen, además, de cualquier aureola épica. A diferencia de Colón, quien habla reiteradamente de “la gran victoria” de su viaje, “victoria de cosas que parecen imposibles”, Caminha narra el descubrimiento de la Tierra de Vera Cruz sin acudir a los ropajes de la gloria. En relación con esto, el providencialismo, que en el discurso colombino aparece como origen indudable de la victoria, está prácticamente ausente en el discurso de Caminha. Una sola vez, y muy tímidamente, cuando el escribano argumenta a favor de la evangelización de los indígenas, dice que el Señor “nos trajo hasta acá” y “creo que no fue sin causa”. Resulta interesante recordar, con Odil José de Oliveira Filho, que cuando Caminha escribe su carta, los supuestos “ideales religiosos del expansionismo portugués ya revelaban más claramente su sustrato mercantil”, de ahí la “incongruencia” que asumía el proyecto evangelizador ante los verdaderos intereses de la corona, todo lo cual permite sospechar que las preocupaciones religiosas de Caminha esconden, en el fondo, “un irreprimible deseo de ennoblecimiento social” que convierte, además, en pura ideología las convicciones religiosas de la aristocracia¹⁷.

¹⁷ Oliveira Filho, Odil José de, “Projetos de promessa: a literatura da expansão ultramarina portuguesa no Brasil (século XVI)”, en *Revista de Letras*. São Paulo, 39:37-48, 1999.

¿VISIÓN DEL PARAÍSO?

Al avistar tierra ¿qué ven? “(...) un monte grande, muy alto y redondo y otras sierras más bajas al sur de éste, y tierra plana con grandes arboledas (...)”. Ante lo desconocido que se tiene, sin embargo, como propio, se reacciona con gestos de apropiación. El primero de ellos, al igual que en Colón, es el bautismo de este mundo. “Al monte alto, el capitán le puso Monte Pascoal, y a la tierra, Terra da Vera Cruz”. Los nombres elegidos nos sitúan en un clima de Pascua (Pascueta, en realidad) que estará presente en toda la estancia en Vera Cruz: dos misas, la construcción de la cruz, una procesión...

La mirada inaugural de Pero Vaz se centra mucho más en el hombre que en la tierra encontrada. El eje central de su discurso descansa en el aspecto humano de este encuentro. Sin embargo, las pocas menciones a la tierra misma resultan muy significativas: llena de arboledas, de un lado al otro, una playa muy plana y muy hermosa, el interior parece, desde el mar, muy grande, “es una tierra de muy buenos aires, fríos y templados como los de Entre-Doiro-e-Minho”... “aguas muchas, infinitas” y si se la quiere aprovechar, por sus aguas todo en ella se dará bien. Además, en ella hay “muy buenos palmitos” y al parecer muchos papagayos, “algunos verdes, otros pardos, grandes y pequeños”. Descripciónes como éstas parecen haber sustentado la idea de una parte de la crítica que ha visto en Caminha al iniciador del “ufanismo”. Según esa opinión, Caminha inaugura una tradición de alabanza de la tierra, una tierra que lo tiene todo, tierra de la abundancia, tierra de bellezas. Oliveiros Litrento, por ejemplo, habla de la carta de Caminha como la “expresión del deslumbramiento tropical”¹⁸. Si comparamos las descripciones hiperbólicas de Colón, como “las montañas altísimas, sin comparación de la isla de Tenerife, todas fermosísimas, de mil hechuras, y todas andables y llenas de árboles de mil maneras y altas...” con las de Caminha, vemos la moderación del escribano portugués ante una realidad que sin duda debió parecerle exuberante. Además, si bien por un lado Caminha advierte las bellezas y riquezas de esta tierra, reconoce, por otro, que en ese momento inicial no se han visto riquezas inmediatas aprovechables (“hasta ahora no hemos podido saber si hay oro, ni plata, ni cosa alguna de metal, ni hierro hemos visto”) y que la mayor riqueza de esta tierra sería, en verdad, la posibilidad de evangelizar a su gente.

Otra idea ampliamente divulgada por la crítica tiene relación con la carta de Caminha como “visión del paraíso”. Desde que Sérgio Buarque de Holanda publicó su *Visão do paraíso. Os motivos edénicos no descobrimento e colonização do Brasil*, en 1959, distintos autores han estudiado la carta de Caminha como ejemplo de esa visión paradisiaca. Silvio Castro, por ejemplo, la define como “exaltación mítica del paraíso terrestre finalmente encontrado”¹⁹, “una visión del paraíso, donde no importa si existe

¹⁸ Litrento, Oliveiros, *Apresentação da literatura brasileira*. Tomo I. Biblioteca do Exército, Editora e Forense Universitária, 1974, p. 21.

¹⁹ Castro, Silvio, “Génesis da idéia de Brasil”, en Coutinho, Afranio, *A literatura no Brasil*. Vol. I, São Paulo: Global, 1997.

el oro o la plata o piedras preciosas. Ya la felicidad simple de los sentidos esclarece a los hombres que el paraíso existe. En él todo será posible”²⁰. También Stegagno-Picchio ve elementos en el texto que lo definen como “visión del paraíso”: la abundancia de árboles, la variedad de aves, el mito del buen salvaje, el mito de la feminidad exótica e inocente, el mito propaganda de catequesis²¹. Cabe recordar, en ese sentido, que el mismo Buarque de Holanda jamás habló de la carta de Caminha en esos términos: para el autor de *Visión del paraíso*, los escritos portugueses del siglo XVI abordan el Nuevo Mundo con “pedestre ‘realismo’ y el particularismo propios del arte medieval”, “contrarios, casi siempre, a las inducciones audaces y las delirantes imaginaciones”²² propias más bien del “mundo legendario nacido en las conquistas castellanas”²³. El éxtasis ante una vegetación siempre verde, la variedad y extrañeza de la fauna, la bondad de los aires y la simplicidad e inocencia de la gente –que fascina a Caminha– sugiere una imagen de paraíso terrenal a lo más como metáfora, como sugerencia metafórica y no como una idea fija, como en Colón y en general en la “actividad de los conquistadores en la Indias de Castilla”.

Por otro lado, para autores como Silvio Castro lo paradisiaco se relaciona con un primer encuentro entre portugueses e indígenas marcado por la armonía y la paz, por una “serena amorável relação”, que se perderá con el proyecto colonizador e imperialista. Creemos, con Guillermo Giucci, que postular a una imagen bucólica inicial de Vera Cruz, en oposición a la barbarie posterior, significa partir de una “lectura incorrecta de la naturaleza del primer encuentro entre portugueses y tupiniquins”²⁴. Para Giucci, el carácter pacífico y transitorio de ese primer contacto esconde “un proceso profundo, aunque incipiente, de reducción del nativo a objeto de trabajo, información y conversión”²⁵. Así, la carta de Caminha, como “anuncio de exterminio de una cultura distinta”, participa de la pulsión posesoria de los portugueses.

EL MEJOR FRUTO

Como quedó señalado, el gran tema de la carta de Caminha es el hombre que encuentra en esta tierra de Vera Cruz. Se podría decir incluso que su relato se organiza en torno a los ocho encuentros fundamentales con estos indígenas. Más allá del descubrimiento

²⁰ Castro, Silvio, “Brasil, Brasis, Brasilia” en *A carta de Pero Vaz de Caminha*. Porto Alegre: L & PM, 2000.

²¹ Stegagno-Picchio, *op. cit.*, pp. 74-75.

²² Buarque de Holanda, Sérgio, *Visão do Paraíso*. 2.ed. São Paulo: Brasiliense, 1969, p. 1.

²³ *Ibid.*, p. 126.

²⁴ Giucci, Guillermo, *Sem fê, lei ou rei (Brasil 1500-1532)*. (Trad. de Carlos Nougué). Rio de Janeiro : Rocco, 1993, p. 74.

²⁵ *Ibid.*, p. 29.

de la tierra, el gran acontecimiento narrado es el descubrimiento progresivo de los habitantes de esta “isla”. Todo lo que tenga relación con ellos, suscita un interés especial en el hablante y es considerado material que debe incluirse en esta carta al rey.

Las descripciones que hace Caminha de los indígenas son, sin duda, los pasajes más ricos y expresivos de su carta. Aquí hace uso de metáforas, comparaciones con objetos conocidos, exageraciones, abundante adjetivación, hipérboles... todo para lograr retratarlos con fidelidad. Algunas comparaciones con lo conocido resultan especialmente curiosas, como por ejemplo, “lleno de plumas pegadas al cuerpo que parecía lleno de flechazos como un San Sebastián”, o teñido con tantos colores como “paños de armar”... Sin duda, el juego lingüístico que emplea al referirse a las “vergüenzas” de las indígenas (que no tenían vergüenza en mostrarlas o a las que no daba vergüenza mirar) muestra a un Caminha que no solo tiene un gran manejo del lenguaje sino también un gran sentido del humor.

En el texto, las múltiples imágenes del otro –contradictorias muchas veces– confluyen finalmente en una sola idea: el mejor fruto que puede dar esta tierra es “salvar a esta gente” y ésa es la principal semilla que en ella debe lanzar el rey portugués. Pero, ¿cómo llega Caminha a esta conclusión final?

Buarque de Holanda advierte que el encuentro entre portugueses e indígenas es más “cordial” de lo que podría esperarse. El europeo se muestra cauteloso y evita hacer el menor gesto que pueda interpretarse como una provocación; por su parte, el indígena se muestra acogedor, pero no sin reservas. La relación que se establece en estos nueve días de contacto está marcada por esa ambigüedad: acogedor, pero no tanto, el indígena se relaciona con el portugués, respetuoso, pero no tanto.

La cordialidad de los portugueses, el respeto e incluso la simpatía que muestran por los indígenas parece obedecer a un propósito mucho menos cordial: pretende “amansar”, “pacificar” e imponer, desde el principio, costumbres sociales y religiosas. Responde, pues, a una preocupación estratégica. De parte de los indígenas, la actitud acogedora y receptiva no resulta total: nunca aceptan al exiliado entre ellos y lo llenan de arcos y flechas para que regrese a las naves.

El primer encuentro está marcado por la imposibilidad de comunicarse (supuestamente, por ser muy fuerte el ruido del mar). Ante esto, Nicolau Coelho (portugués que va al encuentro) les regala un gorro, una capucha de lino que llevaba en la cabeza y un sombrero negro. Luego, uno de los 18 ó 20 indígenas que estaban allí le regala un sombrero de plumas rojas, y otro le pasa un collar de cuentas blancas. Este primer encuentro, a pesar de esquemático, contiene un elemento fundamental para todos los demás encuentros: el intercambio. El intercambio como un medio de comunicación, pero también como un acto comercial, e incluso como “carnada” para los indígenas. Al igual que en la carta de Colón, el europeo entrega aquí, a cambio de ricas piezas, cosas sin valor, pero Caminha, a diferencia del genovés, no se preocupa de hacer juicios éticos al respecto.

Cuando los dos indígenas traídos por Afonso Lopes van a la nave del capitán y son recibidos “con mucho placer y fiesta”, “no hacen mención de cortesía” al capitán, quien los recibía elegantemente vestido, con un collar de oro muy grande al cuello, sentado en una silla sobre alfombra y estrado. El primer desconcierto del europeo

tiene lugar, entonces, cuando este otro no reconoce la autoridad (o por lo menos “su” autoridad). A pesar de este desconcierto inicial, el capitán será con ellos muy “cordial” y al día siguiente les regalará camisas, rosarios y cascabeles. Los próximos encuentros serán igualmente “cordiales”, con el fin de “no hacer escándalo para *amansarlos* y *pacificarlos* del todo” (subrayado nuestro). Por otro lado, esta relación es también una relación de imposición de modelos; el portugués trata de imponer básicamente dos cosas: por un lado, el uso de vestimentas (regalo de camisas, regalo de ropa a la mujer que va a la misa, etc.) y por otro, elementos de una religiosidad básica (aquí el momento más importante se da en el beso a la cruz y la asistencia a misa del viernes).

La primera impresión de estos hombres (en la descripción del primer encuentro) está marcada por su color y desnudez: “Pardos, desnudos, sin cosa alguna que les cubriera sus vergüenzas, traían arcos en las manos y sus flechas”. Para Manuela Carneiro da Cunha²⁶, Caminha –quien nutre una evidente simpatía por los indígenas– inaugura una serie de lugares comunes (no tienen jefes, ni adoración alguna, y son una tabla rasa, una página en blanco) bastante “duraderos y etnográficamente dudosos”, pero sin duda ve hombres y mujeres, ve “gente”²⁷.

La imagen del otro que crea Caminha se articula en base a dos ejes fundamentales (aparentemente contradictorios, pero del todo interdependientes): en un de los ejes (el de las connotaciones “exóticas”, a veces negativas) se presentan como seres “esquivos”, “gente bestial y de poco saber”, “salvajes” (seres a los que hay que “amansar”), y portadores de rasgos exóticos (adornos de plumas, cuerpos pintados, huesos en los labios...), en el otro eje (de términos que podríamos señalar como “positivos” para el europeo), son vistos como hombres sanos, inocentes, puros, buenos, “de buena simplicidad”, solidarios, festivos, hermosos (especialmente las mujeres) y, sobre todo, inclinados naturalmente al cristianismo, listos para ser evangelizados.

En el primer grupo se encuentran afirmaciones como las siguientes: “como quiera que se los amansara, luego de una mano a la otra se esquivaban como golondrinas en un cebadero”, “los otros dos que el capitán tuvo en la nave, a quien dio lo que quedó dicho, nunca más aparecieron. Por lo que concluyo que son una gente bestial y de poco saber, por eso son esquivos”. En el segundo grupo, ciertamente más abundante, encontramos todo tipo de elogios: “me parece gente de tal inocencia...” “esta gente es buena, de buena simplicidad...”, “su vergüenza, que ella no tenía, (era) tan graciosa que muchas mujeres de nuestra tierra viéndoles tales facciones tendría vergüenza por no tener la suya como ella”, etc.

²⁶ Carneiro da Cunha, Manuela, “Imagens de índios do Brasil: o século XVI”, en Pizarro, Ana (coordinadora), *América Latina: Palavra, literatura e Cultura*. Vol. I. A situação colonial. Campinas: Ed. da Universidade de Campinas, 1993.

²⁷ “Em 1500, Caminha viu “gente” em Vera Cruz. Falava-se então de homens e mulheres. O escambo povoou a terra de “brasis” e “brasileiros”. Os engenhos distinguiram o gentio insubmisso do “índio” de do “negro da terra” que trabalhavam. Os franceses, que não conseguiram de firmar na terra, viram selvagens” (p. 171).

Superando cualquier contradicción, ambos ejes se convocan en la siguiente idea: “andan muy curados y muy limpios [eje positivo] y en eso me parece que son como los animales salvajes [eje negativo] que el aire les hace mejores plumas y mejor cabello que a los mansos”. Su condición “salvaje” provee su salud, sus “buenos cuerpos”. Esta idea se conecta con otra afirmación hecha más adelante: “Y se imprimirá en ellos cualquier cuño que se les quiera dar pues Nuestro Señor les dio buenos cuerpos y buenos rostros como a buenos hombres”. Como vimos, la interconexión de estos ejes permite afirmar finalmente que a esta gente “no le falta otra cosa para hacerse cristiana sino entendernos”.

CONCLUSIÓN

De los tres textos que llegaron hasta nosotros de testigos oculares del descubrimiento de Brasil, la *Carta* de Pero Vaz de Caminha es no solo el más completo y auténtico, sino también el más elaborado. Los otros dos documentos son la *Relación* del piloto anónimo y la *Carta* de Mestre João. Esta última es un brevísimo comentario cosmo-gráfico en que apenas se habla de la tierra. Por su parte, la *Relación* del piloto anónimo, aunque más larga que la *Carta* de Mestre João, relata todo el viaje de la armada cabralina a la India y no dedica sino un par de páginas al descubrimiento de la Tierra de Vera Cruz.

De ese modo, el primer contacto del portugués con el así llamado “Nuevo Mundo” encuentra su mejor registro en la *Carta* de Pero Vaz. Guiado por una irreprimible fascinación estética, Caminha traza la primera visión de la tierra y del hombre de Vera Cruz combinando los finos colores de pájaros y árboles con los hermosos cuerpos pintados que evocan, al ojo de quien los mira, las delicadas telas de la corte lusitana. Un cuadro no privado de contradicciones; el colorido de este espacio necesita llenarse de sentido económico y político: “posada para la navegación de Calicut”, “incremento de nuestra Santa Fe”. Un espacio de encuentro y simpatía, pero también de apropiación y dominio: tras la partida, a los colores de aquel cuadro se incorporarán una enorme cruz y dos atormentadas víctimas del exilio.

La lectura de la *Carta* de Caminha y su comparación con la *Carta* de Colón a Luis de Santangel, arroja semejanzas, pero también notables diferencias entre el “descubrimiento” de América lusa y la toma de posesión de América hispánica. Los tópicos relacionados con la figura del indígena constituyen, quizás, el espacio de mayor proximidad: en ambas cartas, aunque “gente bien dispuesta y de hermosa estatura”, estos hombres desnudos son “temerosos a maravilla”, esquivos como “pardaaes de cevadouro”²⁸ y por lo mismo “gente bestial e de pouco saber”, pero son “de grande inocência”, no tienen “ninguna secta ni idolatría” y son muy dispuestos “a nuestra santa fe”. Los espacios de diferencias son, sin duda, más abundantes: la concepción

²⁸ golondrinas en el cebadero.

heroica de la empresa de Colón (definida por él como “gran victoria”) tiene su contrapartida en el escuálido entusiasmo que provoca el descubrimiento de Vera Cruz entre los portugueses; por otro lado, la fuerte presencia del providencialismo en Colón, su protagonismo como héroe y elegido, sus descripciones hiperbólicas de la realidad encontrada y sus caídas en lo fantástico (caníbales, Amazonas, gente con cola...) chocan, a su vez, con un descubrimiento casual, sin heroísmos personales, retratado con un realismo práctico. Diferencias que auguran, sin duda, dos procesos muy distintos: la conquista de América hispánica y el olvido casi completo en que estuvo Brasil durante las tres primeras décadas del siglo XVI.

BIBLIOGRAFÍA

- Ab' Saber, Aziz N. et al., *A época colonial*. Vol. I. Do descobrimento à expansão territorial. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 1997.
- Bosi, Alfredo, *Historia concisa de la literatura brasileña*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Buarque de Holanda, Sérgio, *Visão do Paraíso*. São Paulo: Brasiliense, 1969.
- Carneiro da Cunha, Manuela, “Imagens de índios do Brasil: o século XVI”, en Pizarro, Ana (coordinadora), *América Latina: Palavra, literatura e cultura. A situação colonial*. Campinas: Editora da Universidade de Campinas, 1993.
- Castello, José Aderaldo, *A literatura brasileira (origens e unidade)*. Vol. I, São Paulo: Edusp, 1999.
- Castro, Silvio, “Gênese da idéia de Brasil”, en Coutinho, Afranio, *A literatura no Brasil*. Vol. I, São Paulo: Global, 1997.
- , *A carta de Pero Vaz de Caminha*. Porto Alegre: L & PM, 2000.
- Giucci, Guillermo, *Sem fé, lei ou rei (Brasil 1500-1532)*. (Trad. de Carlos Nougué) Rio de Janeiro: Rocco, 1993.
- Johnson, H. B., “A colonização portuguesa do Brasil, 1500-1580”, en Bethell, Leslie (org.), *América Latina Colonial*. Tomo I, São Paulo: Edusp, 1999.
- Litrento, Oliveiros, *Apresentação da literatura brasileira*. Biblioteca do Exército, Editora e Forense Universitária, 1974.
- Martins, Wilson, “Formação e desenvolvimento da língua nacional”, en Coutinho, Afranio., *A literatura no Brasil*. Vol. I, São Paulo: Global, 1997.
- Oliveira Filho, Odil José, “Projetos de promessa: a literatura da expansão ultramarina portuguesa no Brasil (século XVI)”, en *Revista de Letras*. São Paulo, 39:37-48, 1999.
- Roncari, Luiz, *Literatura brasileira*. São Paulo: Edusp, 1995.
- Schwartz, S. y Lokhart, J., *A América Latina na época colonial*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2002.
- Stegagno-Picchio, Luciana, *História da literatura do Brasil*. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 1997.
- Werneck Sodré, Nelson, *História da Literatura Brasileira (seus fundamentos econômicos)*. Rio de Janeiro: José Olímpio, 1960.